

CANTARES

Ayer visité la tumba
de mi madre de mi alma,
y vi que nacieron flores
donde cayeron mis lágrimas.

Dobla y dobla sin cesar
campanero del convento,
que han muerto mis esperanzas
y mi corazón ha muerto.

No luzcas tanto cuchillo,
ni hagas alarde de guapo,
que en mirando á esa mujer
ó me matas ó te mato.

Que me lleven al suplicio
y me claven en la cruz,
que allí moriré diciendo
que no hay traidor como tú.



APUNTE; por ELÍSEO MEIFRÉN.

LA CARNE DEL DIABLO

(LEYENDA GRANADINA)

EN uno de los extremos de la cordillera que atraviesa la Península de Norte á Sur, en el que la une con las Alpujarras y en el punto de contacto que forman las provincias de Granada, Almería y Murcia, se eleva la sierra de María, rica en plantas medicinales y en árboles maderables, cuya mayor parte, la principal, llamada dehesa de la Alfahuar, perteneció al Excmo. señor Marqués de las Velez y, por título hereditario, es actualmente propiedad del Excmo. señor Duque de Medinasiona.

En la falda umbrosa de dicha sierra y reclinada dulcemente como sultana favorita en los brazos de su señor, se halla situada la villa que da nombre á la sierra. Sus centenares de pequeñas pero bien enjalbadas casas, destacándose entre el verde follaje de sus huertos, semejan una bandada de palomas, ofrecen un risueño y pintoresco aspecto al viajero que hacia ella se dirige por la parte de Barsain, collado que dista unos dos kilómetros del poblado.

A causa de su altura sobre el nivel del mar (800 metros), sus condiciones higiénicas son inmejorables. Las costumbres no son tan licenciosas como en otros lugares, á causa quizá de su alejamiento de las grandes poblaciones; pero, en cambio, adolecen de ese tradicionalismo que lleva consigo, como aquélle que es indispensable, la superstición y la ignorancia, obrando sobre sus moradores en razón inversa de la ilustración y del progreso.

Sus pobladores, agricultores por exigencias naturales de su término,

suelen también traficar en drogas. En primavera cogen flores de amapola, sahuco, rosa y malva y, una vez secas y empaquetadas, las transportan á Valencia y Barcelona, y de estos grandes centros llevan á su pueblo cochinilla, añil, campeche y otros productos tintóreos que las mujeres emplean para dar diversos colores á las ricas lanas que les proporcionan sus numerosos rebaños.

Cuando por la mañana, al mediodía y al oscurecer la campana de la iglesia toca el *Angelus*, los vecinos todos cesan de pronto en sus tareas ó se detienen, si pasean y, descubriéndose, elevan la salutación á la reina de los cielos, que en ninguna parte de España tiene tantos devotos como en Andalucía; por algo se llama esa región «tierra de María Santísima».

Era el estío. En esta época de recolección se dispensa á los feligreses de la asistencia al culto de la parroquia. Esta se halla situada en la plaza que con la calle de los Señores constituye el tránsito de viajeros, ganados y toda clase de transportes á los pueblos inmediatos.

El sacristán, un sábado al oscurecer, abrió la puerta de la iglesia y se dirigió á la torre para tocar á oración vespertina, dejando la puerta abierta como siempre.

Terminado el toque de oración, salió, cerrando la puerta y no volviendo hasta el día siguiente, domingo, para llamar á los fieles á misa de alba. ¡Cuál no sería su sorpresa al notar que el paño negro que cubría una mesa en medio del templo, haciendo veces de catafalco, no

Dejó el jardín por la selva,
por un río dejó el mar,
¡dejé un querer como el tuyo
por otro querer fatal!

Ya me van naciendo arrugas,
ya me van saliendo canas,
mas siento que el corazón
está más joven que estaba.

Confesaré mis pecados
y podré el cielo alcanzar,
mas si en el cielo te encuentro
no sé lo que pasará.

En una fase se encierra
toda la ciencia del mundo;
¡digo madre y digo más
que todos los sabios juntos!

NARCISO DÍAZ

DE ESCOVAR

El pánico se comunicó bien pronto á los habitantes de la villa. Unos avisaron al señor cura, otros al alcalde, que allá se fué con el bastón de mando, y acompañado del secretario y el alguacil. El médico no pudo ir por estar asistiendo al parto de una comadrona que

utilizaba su ciencia en las demás villanas, pero de nada le servía en el trance suyo; en substitución del médico fué el albéitar provisto de acial y lanceta. El boticario dispuso en su casa, antes de salir, que pusieran á cocer tila, árnica, y flor de malva, para lo que pudiera suceder.



que ha tomado esa figura para escapar de lugar sagrado! ¡No sus acerquéis! ¡No sus acerquéis! Y huían sin dejar de hacer la señal de la cruz.

El cura, alcalde y albéitar formaron consejo. El cura miraba al alcalde; el alcalde al albéitar y éste á los dos. Los tres se interrogaban con la vista y ninguno respondía á la interrogación. Como la situación se prolongaba algunos minutos y era muy difícil, porque peligraba la credulidad de los triunviros, se resolvieron á hablar de esta manera:

—Yo creo, señores, —dijo el párroco,—que...

—Pues yo no creo, —añadió el albéitar.

—¡Hombre! ¡hombre! déjeme usted hablar y sabrá lo que digo. Yo creo que lo que hay en la iglesia, es una cabra y no el diablo, como dicen esas sencillas gentes. Lo que no me explico es el modo y manera cómo ha podido suceder lo que hemos presenciado.

—Yo digo lo mismo, —arguyó el alcalde, que debía decir algo.

El albéitar después de reflexionar un poco, llamó al sacristán y le dijo: —Señor Ciriaco. ¿Ha tenido usted la iglesia abierta esta noche?

—¡No, señor!

—¿Y anoche, al toque de oración?

—Anoche, sí; pero unos minutos nada más, lo que se tarda en eso, que, sabe usted, es muy poco.

—Pues fué lo bastante. Ustedes saben que ayer al oscurecer pasaron por el lugar varios hatos de ganado. Una de sus reses penetró en la iglesia cuando usted estaba en la torre y, no encontrando la salida, quedó en algún rincón. El tío Ciriaco salió, dejando dentro la cabra. Este animalito chocó con el catafalco que sirvió ayer para los funerales del escribano y se enredó los cuernos en el paño negro que está bastante roto, hasta que, poco á poco y dando vueltas, se encontró esta mañana en la forma que hemos visto.

—Eso tiene que ser, —dijo el alcalde.

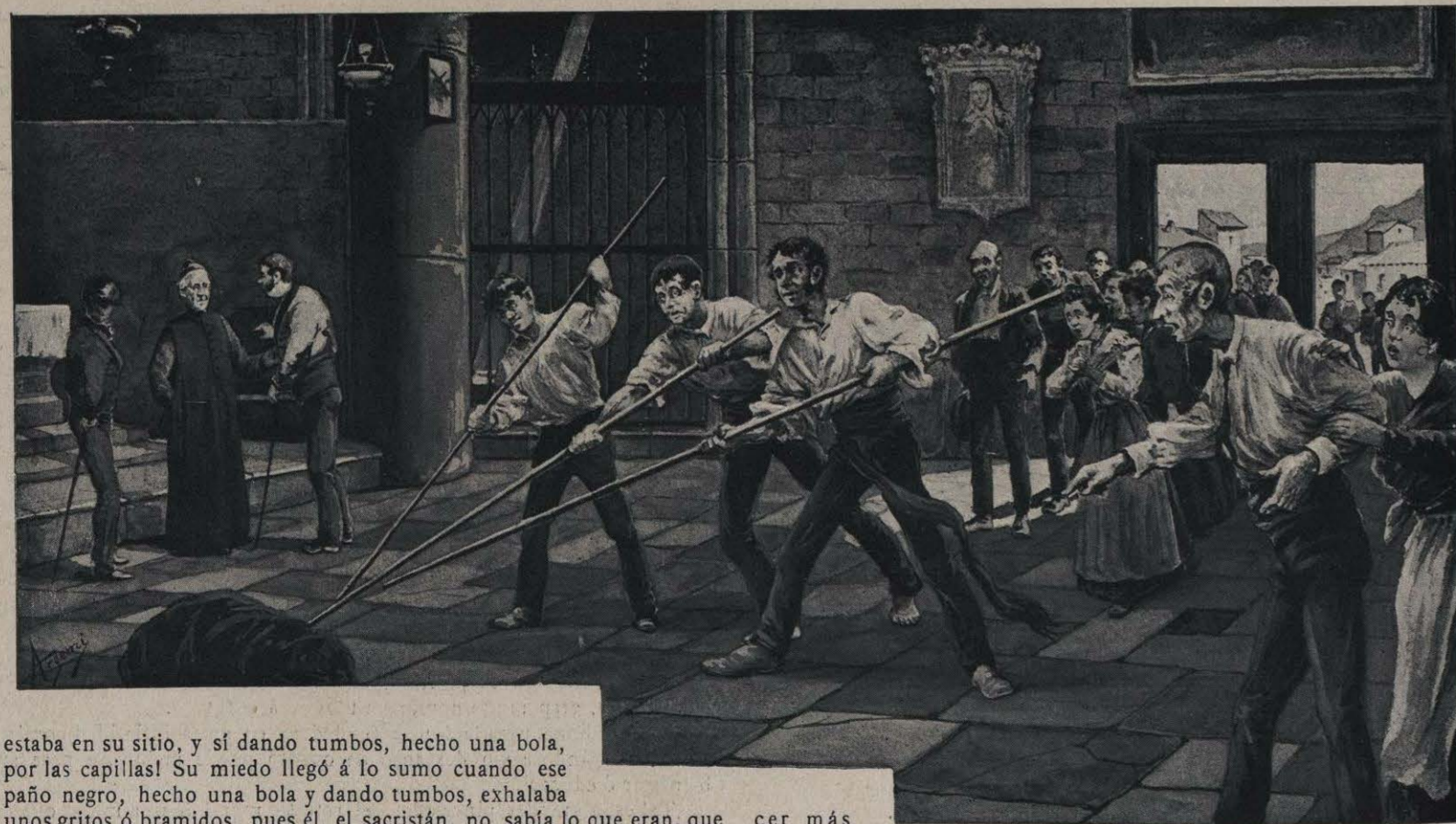
—Pues ahora, —añadió el párroco, —esperemos unos días, por si llega su dueño. En caso contrario, se venderá y su producto aumentará el fondo de las ánimas.

Quedaron todos conformes y, pasados diez días desde el que tuvo lugar tan «trágico» suceso, como nadie se presentó reclamando la cabra, ésta fué degollada y su carne puesta á la venta pública.

¡Carne del diablo! ¡Que si quieres! Nadie se atrevió á comprarla. En vista de ello, el señor alcalde dispuso que se enterase lejos, muy lejos, encargando de esta comisión al alguacil que había servido al rey por espacio de ocho años y se había aligerado un poco de la balumba de preocupaciones de sus convecinos; y de noche, allá á las altas horas de la madrugada, llevó la carne de la res á... su casa, donde la salió, y tuvo alimento nutritivo durante varios días, sin que nadie notase en el lugar, que el dependiente del municipio experimentara malestar, indignación ni intimidad alguna con los espíritus infernales.

ANTONIO GALLARDO

Ilustraciones de TOMÁS ARGEMÍ.



estaba en su sitio, y sí dando tumbos, hecho una bola, por las capillas! Su miedo llegó á lo sumo cuando ese paño negro, hecho una bola y dando tumbos, exhalaba unos gritos ó bramidos, pues él, el sacristán, no sabía lo que eran, que espantaban. Lleno de espanto se salió del templo y dando voces de ¡socorrol ¡socorrol hizo que se detuviesen, alarma los también, los vecinos madrugadores que se dirigían á sus faenas.

Como el día iba avanzando y la claridad se hacía mayor en la iglesia, algunos de los detenidos cerca de la puerta y que querían apare-

cer más valientes que sus convecinos, se atrevieron á penetrar; pero salieron pálidos y descañados los rostros, cuando vieron que el paño negro, hecho una bola, dando tumbos y horribles quejidos, se hallaba cerca de la pila bautismal.

SECCIÓN DE ATRASOS

Para saber en qué estado se hallaba cierto expediente, acudí el interesado al centro correspondiente. Y, tragando el hombre quina, porque tal huelga ignoraba, vió que sólo en la oficina el portero se encontraba. Volvió otro día, tronando contra la gente informal, y, como siguió brillando por su ausencia el personal, adoptando un aire fiero, aunque peca de prudente, se encaró con el portero y le dijo lo siguiente: —El letrado que se mira de esta oficina en la entrada,



APUNTE; por ELÍSEO MEIFRÉN.

dice una enorme mentira como quien no dice nada. Y, para no dar jaquecas, debe cambiarse el letrado por otro que diga á secas: «Horas de despacho, cero».

Y el portero con voz grave respondió:—Bien se adivina que usted ni siquiera sabe el nombre de esta oficina.

Sección de atrasos se llama este centro, y justo encuentro que el personal se relama de no estar nunca en su centro. Lo atrasado, aquí, pasar el día fuera pampolina, pues dejarla de ser de atrasos esta oficina.—

Y, al ver sus planes truncados, dijo el hombre:—¡Ande la

¡Andrónimal

¡Siempre de los atrasados es el reino de la nómina!

CARLOS CANO

TOMÁS MUÑOZ LUCENA



AL ACECHO

RICARDO BRUGADA



DESDENES